

III. JESÚS DE NAZARET: MODELO DE BÚSQUEDA



Objetivos:

- Provocar preguntas sobre la persona de Jesús.
- Facilitar un acercamiento experiencial a Jesucristo.
- Reconocer en Jesús al hombre buscador de Dios y al Dios buscador del hombre.



Ficha 1: ¿Por qué preguntarse por Jesús?

Cuando preguntamos por alguien aceptamos el reto de entrar en un mundo nuevo. Esa persona aparece ante nosotros invitándonos a conocerla, a comprenderla, a reconocerla yendo más allá de nuestro pequeño mundo. A medida que vamos conociendo datos de su vida, la pregunta se vuelve hacia nosotros: Y tú... ¿qué dices de mí?

En el relato bíblico de los orígenes, el ser humano debe poner nombre a la realidad que va apareciendo ante sí (Gén 2, 19). Poner un nombre, decir con verdad qué es lo que tenemos delante o quién es el que nos sale al encuentro es una obligación de vida. Por ello, es necesario respetar el valor de las cosas y personas en sí mismas y no sólo mirarlas desde lo que pueden ser y quiere uno que sean. Sabemos que podemos dar nombres falsos, decir las cosas con error o con mentira y así crear mundos irreales o perversos. Por eso, cada día hemos de vivir con los ojos abiertos y la humildad de quien acepta que la realidad está habitada por una grandeza mayor que nuestras palabras y definiciones, y que preguntar es abrir las puertas para que esta grandeza vaya mostrándose y enriqueciéndonos cada día más.

En este sentido, la pregunta por Jesús debería formar parte de nuestras reflexiones culturales. No se puede pasear por las calles de nuestras ciudades sin encontrar huellas de su nombre, de su herencia, de su paso. No se pueden leer los libros de nuestras bibliotecas sin encontrar referencias a su vida y a sus palabras, aunque a veces ya no se reconozcan. No se puede contemplar el arte de nuestra historia sin toparse con su cuerpo representado en mil formas diferentes. No podemos entrar en nuestro interior sin descubrir, cercana o lejana, buscada o no, su presencia, esté viva o muerta. Quizá, en los días de nuestro siglo, su imagen aparezca como aquellos restos arqueológicos cubiertos por otras soberbias construcciones humanas, pero ahí está, en el subsuelo de nuestra cultura y de nuestra vida.

Jesús vive, por tanto, como un permanente rumor que busca quién pregunte por Él, para decir su verdad en un diálogo amistoso. Vive como imagen que busca una retina que se fije con paciencia y aprecie la belleza escondida de su rostro. Vive como extraño compañero que busca un corazón que reconozca el anhelo de vida que le habita y quiera aceptar un poco de agua viva en las fuentes de su ser.

Esto vale para los creyentes que le conocen y que, sin embargo, deben preguntarse si no lo han apresado en sus inercias de vida deformando su íntimo misterio. Vale también para los que ya no creen, que pueden preguntarse si lo que abandonaron no fue simplemente una caricatura. Y vale igualmente para los que le rechazan porque en la lucha contra Él puedan ser vencidos por la luminosidad de su verdad.

Preguntarse por Jesús es preguntar por su historia antes que por nuestros sentimientos frente a Él, es dejarse acompañar por sus palabras y sus gestos, por su acción y su pasión, y dejarse interrogar por lo descubierto. Preguntarse por Jesús es preguntar también por qué tantos le han entregado su vida, por qué tantos le han perseguido, quién es este que ha centrado la historia con su nacimiento, cuál es el misterio de su persona.

Finalmente, tendríamos que reconocer que preguntarse por Jesús será dejar que nuestras preguntas sobre Él pasen a ser preguntas sobre nosotros mismos frente a Él.

Preguntas para compartir

1. ¿Te has hecho preguntas sobre Jesús de Nazaret? Escríbelas.
2. Estas preguntas ¿tienen relación con tu vida y con la realidad que te rodea? Explica en qué sentido
3. ¿Quién es Jesús para ti? ¿Quién deseas que sea en tu vida?
4. ¿Conoces a alguien para quien Jesús es referente importante en su vida? ¿Qué te llama la atención de esa persona?

Jesús de Nazaret

¿Cómo dejarte ser sólo Tú mismo,
sin reducirte, sin manipularte?
¿Cómo, creyendo en Ti, no proclamarte
igual, mayor, mejor que el cristianismo?

Cosechador de riesgos y de dudas,
vencedor de todos los poderes,
tu carne y tu verdad en cruz, desnudas,
contradicción y paz, ¡eres quien eres!

Jesús de Nazaret, hijo y hermano,
viviente en Dios y pan en nuestra mano,
camino y compañero de jornada,
Libertador total de nuestras vidas
que vienes, junto al mar, con la alborada,
las brasas y las llagas encendidas.

Pedro Casaldáliga

Ficha 2: Jesús, buscador de la voluntad de Dios

Podemos conocer a Jesús de muchos modos, pero un camino es tratar de sintonizar con la misma experiencia de sus discípulos, aquellos que hicieron un camino humano con Él, aquellos que reconocieron su modo de pasar por la vida haciendo siempre el bien; aquellos que, con el tiempo, pudieron descubrir que en esa humanidad tan plena, tan madura, tan fascinante y auténtica, Dios se estaba diciendo a sí mismo. Esa humanidad era, definitivamente, Palabra de Dios.

Posiblemente, los discípulos vieron en Jesús un hombre en búsqueda. Hombre como nosotros, fue creciendo en edad, sabiduría y gracia, es decir, aprendiendo a reconocer en la historia y en sí mismo la presencia salvadora de Dios. No sólo fue aprendiendo, sino que fue acogiendo al Padre en su vida desde una auténtica libertad personal.

Esta búsqueda tan personal se expresa en el hecho de que Jesús se dirigiera al Jordán para ser bautizado. Jesús es un creyente, un buscador de Dios, que participa de las búsquedas, las expectativas y las esperanzas de su pueblo.

LA EXPERIENCIA DEL JORDÁN

«Por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán» (Mc 1,9). La sobriedad del relato de Marcos no debe encubrir la importancia del hecho. El bautismo de Jesús por Juan fue un momento decisivo en su vida. No se trató de un mero rito, sino de una experiencia determinante. Una experiencia que haría cambiar radicalmente el curso de su vida. A partir de entonces, ya nada sería igual. Sí, aquel día sucedió algo trascendental para Jesús. Y los cuatro evangelios y los Hechos de los Apóstoles son unánimes en este punto: todos ellos sitúan en el bautismo el comienzo de su misión. El que hasta entonces había sido un desconocido perteneciente a una modesta familia de una remota aldea, y sobre el que nada parecía indicar que estuviera destinado a ser una figura pública, se ve de pronto investido de una misión y se pone a proclamar la Buena Nueva del Reino de Dios.

¿En qué consistió aquella intensa experiencia que lanzó a Jesús por los caminos de Galilea y de Judea?

Mientras el emperador romano Tiberio reinaba en todo el Mediterráneo, un hombre desconocido, en una provincia marginal del imperio, alzaba su voz en medio de un pueblo dominado, pero no totalmente sometido...

La predicación de Juan agudizó los oídos de todo un pueblo cuya gran esperanza mesiánica, jamás apagada del todo en el fondo de su corazón, no pedía más que ser avivada, especialmente en unos momentos de abatimiento nacional. Su llamada a la conversión y a la purificación suscitó una amplia dinámica de arrepentimiento, que hacía que acudieran al Bautista gentes de todas partes: «Acudía entonces, gentes de Jerusalén, de toda Judea y toda la región del Jordán, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados» (Mt 3,5-6; Mc 1,5). Entre la multitud había mercaderes, recaudadores de impuestos, soldados e incluso, según Mateo (3,7), un gran número de fariseos y saduceos. Juan no se andaba con rodeos: «¡Raza de víboras!, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente? Dad, pues, digno fruto de conversión y no os contentéis con decir en vuestro interior: "Tenemos por padre a Abraham", porque os digo que puede Dios de estas piedras dar hijos a Abraham» (Mt 3,7-9).

Esta vehemente predicación tuvo eco incluso en las más remotas aldeas de las montañas de Galilea, hasta el punto de que el propio Jesús, que tenía entonces alrededor de treinta años, se puso en camino. No se acercó al Bautista movido por la curiosidad ni como uno de aquellos espías enviados por los fariseos y que pedían a Juan que desvelara su identidad. Jesús acudió, sencillamente, como un hombre religioso, para hacerse bautizar. Es probable que se preparara para el acontecimiento y permaneciera algún tiempo junto a Juan. En cualquier caso, se unió al grupo de los discípulos del Bautista y se dejó instruir por el maestro.

Llegó luego el día en que Jesús decidió sumarse a la muchedumbre arrepentida que, obedeciendo a la llamada de Juan, iba entrando en el río. Externamente nada lo distinguía de todos aquellos hombres que se agolpaban a su alrededor. Totalmente desconocido y siguiendo los pasos de los publicanos y los pecadores, recorría, como un peregrino anónimo, el surco de la miseria y la esperanza humanas, como el último de los pobres de Yahvé.

Los candidatos al bautismo entraban en el agua por grupos y se sumergían en ella a una señal de Juan. Jesús participó sin duda en ese bautismo colectivo, como lo sugiere el texto de Lucas: «Cuando todo el pueblo estaba bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo y bajó sobre Él el Espíritu Santo...» (Lc 3,21).

No se ha destacado suficientemente esta dimensión comunitaria del bautismo de Jesús, que, sin embargo, es fundamental. Jesús forma parte de un pueblo y se inserta en la dinámica histórica de ese pueblo, no sólo físicamente, sino también espiritualmente. Comulga con todo lo que se vive a su alrededor, con las expectativas y las esperanzas de aquellos hombres que acuden en masa a buscar en Juan el camino de una auténtica liberación espiritual. Jesús es y se siente solidario de aquella multitud y, por eso mismo, se prepara para lo que Dios espera de Él. Al Dios vivo de la

Biblia, al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, al Dios de los Profetas, no se le descubre en las nubes ni en la intimidad de una reflexión filosófica, sino en los caminos de los seres humanos, en los derroteros de la historia.

Ciertamente es difícil hacerse una idea, ni siquiera aproximada, de la experiencia vivida por Jesús en aquel instante. La inspiración venida del cielo y la intuición personal se funden aquí la una en la otra. Ateniéndonos rigurosamente a los textos de los Sinópticos, Jesús se ve designado y consagrado como Mesías: investido de una misión mesiánica semejante a la del Siervo.

Pero no puede eludirse la pregunta: ¿cómo vivió Jesús el acontecimiento? ¿Qué percibió en aquel instante? ¿Qué eco tuvo en él la voz del Padre? ¿Acaso se despertó en él una conciencia nueva? ¿Cuál? El contexto inmediato no nos permite responder a estas preguntas. Pero lo que viene a continuación en los evangelios sí arroja una luz singular, porque nos muestra, en efecto, que a partir de aquel momento Jesús no dudó en presentarse a los hombres, no sólo como un profeta enviado por Dios y animado por su Espíritu, sino además como aquel en cuyas manos el Padre lo había puesto todo, aquel que disponía soberanamente del Reino y que llevaba y revelaba a Dios absolutamente en su propia persona.

El Reino escondido (Eloi Leclerc)

Preguntas para compartir

1. ¿Cómo vivió Jesús el acontecimiento de su bautismo? ¿Qué eco tuvo en Jesús la “voz del Padre”?
2. Jesús, buscando la voluntad del Padre, se siente confirmado en su misión. ¿Cuál crees que es tu misión en la vida? Exprésala.

Jesús

Jesús de Nazaret,
palabra sin fin en tu nombre pequeño,
caricia infinita en tu mano de obrero,
perdón del Padre en calles sin liturgia,
todopoderoso Señor en sandalias sin tierras,
culmen de la historia creciendo día a día,
hermano sin fronteras en una reducida geografía.

No eres una mayúscula que no cabe en la boca
de los más pequeños, sino pan hecho migajas
entre los dedos del Padre para todos los sencillos.

Tú sigues siendo el agua de la vida,
una fuente inagotable en la mochila raída
del que busca su futuro, un lago azul
en el hueco insomne de la almohada,
y un mar tan inmenso que sólo cabe
dentro un corazón sin puertas ni ventanas.

En ti todo está dicho, aunque sólo sorbo a sorbo
vamos libando tu misterio.
En ti estamos todos,
aunque sólo nombre a nombre
vamos siendo cuerpo tuyo.
En ti todo ha resucitado,
aunque sólo muerte a muerte
vamos acogiendo tu futuro.

Y en cada uno de nosotros sigues hoy creciendo
hasta que todo nombre, raza, arcilla, credo,
culmine tu estatura.

Benjamín González Buelta sj

Ficha 3: En Jesús Dios sale en busca del hombre

Jesús fue un hombre de deseos. Deseaba profundamente un mundo que se pareciese más a lo que Él experimentaba como proyecto del Padre. El Reino de Dios es una situación en la que todos los hombres son libres y hermanos; no es de este mundo, pero está a punto de irrumpir en él si los hombres cambian el corazón para acogerlo (Mc 1, 15). Jesús vive anunciando ese Reino, preparándolo, enseñando a reconocer los caminos por los que se acerca. Y, en función del Reino, Jesús manifiesta una compasión radical hacia los pobres y excluidos, al tiempo que denuncia la acumulación de riqueza, por contraria a la fraternidad, y también el poder religioso, por contrario a la misericordia de Dios.

Las aportaciones de la antropología cultural permiten comprender hasta qué punto la actitud de Jesús resultó provocadora. Las comidas con pecadores, las curaciones en sábado, la libertad en la relación con las mujeres, el contacto físico con los leprosos... Todo ello ponía de manifiesto una forma de entender la salvación de Dios, opuesta tanto a la religión como a la cultura oficial. Además, Jesús anunciaba el Reino con autoridad: constituyéndose a sí mismo como mediación realizadora del Reino. De ahí una llamada tan contundente como inaudita: "Sígueme" (Mc 1, 17).

Estos deseos de Jesús quedan expresados en las Bienaventuranzas y en el Padre nuestro.

LA MAÑANA DE LAS BIENAVENTURANZAS

Jesús no espera a que la gente acuda a Él. Cada mañana, Él es quien sale a visitar las aldeas que bordean el lago. «Salió el sembrador a sembrar...», le gusta decir. Sembrar la Palabra, anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios: he ahí su tarea y su motivo de gozo. Pero no se contenta con hablar, sino que hace el bien por donde pasa. Ninguna desgracia le deja insensible; por eso cura, alivia y consuela, difundiendo alegría y felicidad. Y las multitudes le siguen entusiasmadas, desplazándose incluso desde muy lejos para poder escucharle.

Una mañana, después de haber pasado la noche en oración en una colina que domina la ciudad de Cafarnaúm, con las primeras luces del día Jesús ve venir hacia Él una enorme multitud. Deslumbrado todavía por su diálogo secreto con el Padre, mira a esos hombres y mujeres que llegan no sólo de diferentes lugares de Galilea, sino también de toda Judea, de Jerusalén, de Tiro y de Sidón. Algunos han tenido que

recorrer un largo camino y la mayoría de ellos son pobres. Jesús siente compasión por esa multitud extenuada, abandonada a sí misma: «Un rebaño sin pastor» (Mt 9,36; Mc 6,34).

Ha llegado el momento de proclamar bien alto lo que lleva en lo más secreto de su corazón. Jesús se pone, pues, a enseñarles, pero aquella mañana eleva su voz más de lo normal, adoptando espontáneamente el tono de un cántico: «¡Dichosos vosotros, los pobres, porque vuestro es el Reino de los Cielos! ¡Dichosos los que ahora pasáis hambre, porque seréis saciados! ¡Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis! ¡Dichosos...!» (Lc 6,20ss).

Después de cada bienaventuranza, la voz vuelve a su punto de partida, repite la misma expresión de dicha, adopta a continuación un tono más sosegado y se alza de nuevo desbordante de alegría.

Pero, como quien no quiere la cosa, pone en entredicho todas las ideas heredadas, echa abajo las viejas evidencias, desplaza las montañas y hace que aparezcan nuevos horizontes. Se comprende que los evangelistas no pudieran encerrar un mensaje tan grandioso en una misma y única versión.

El texto de Lucas, que he citado, es el más breve, a la vez que el más contundente; y, según los exegetas, es también el más próximo al discurso original.

Las Bienaventuranzas no son una exhortación moral; no constituyen el catálogo de virtudes que nos harían merecedores del Reino. Menos aún pretenden animarnos a vivir en la miseria y en la desdicha. Son Evangelio de arriba abajo: proclamación de una inmensa felicidad, invitación a la alegría mesiánica. Un acontecimiento de un alcance incalculable se ha producido por parte de Dios, que se ha acercado libre y graciosamente a los hombres. La absoluta gratuidad del Reino: he ahí lo que celebran las Bienaventuranzas.

El Reino escondido (Eloi Leclerc)

En las bienaventuranzas descubrimos que, para Jesús, los criterios de felicidad son muy distintos de los que generalmente se proponen. Jesús llama felices a los pobres que no cuentan para los demás y a los que eligen ser pobres por solidaridad con ellos, a los misericordiosos que se acercan al dolor y a la alegría de los demás y los comparten, a los constructores de la paz, a los que aman y luchan por la justicia...

La propia actuación de Jesús es sanadora: cura, perdona, devuelve esperanza, alegría y ganas de vivir.

Jesús ofrece, en definitiva, un camino de realización personal y un modo de ser feliz, complicadamente feliz, a través del servicio, de la abnegación, de la entrega de la vida por amor.

El ejemplo de tantas personas felices en el seguimiento de Jesús y en el servicio a los demás nos habla de que el ideal de felicidad de Jesús es un camino real y posible.

Juan pone en boca de Jesús unas palabras que reflejan bien su deseo de ver felices a todos: “Os he dicho todas estas cosas para que participéis de mi alegría y seáis plenamente felices.” (Jn 15,11)

EL CORAZÓN DEL PADRE NUESTRO

Al llamar a Dios «Padre nuestro», los discípulos de Jesús expresan, a la vez que su relación filial con Dios, su consiguiente relación fraternal entre ellos. No se puede decir «Padre nuestro» si no es en la atmósfera de un «nosotros» fraternal, con un corazón reconciliado y decidido a vivir fraternalmente con los demás hombres. Decir «Padre nuestro» significa embarcarse en un «devenir» fraterno en el que la nueva relación de Dios con el hombre aparezca como la fuente de una nueva comunidad humana.

¿Acaso no es a esta luz como adquiere su sentido la segunda parte de la oración de Jesús? Todo va unido, efectivamente. Es imposible acceder a la intimidad del Padre sin formar con los hermanos la nueva comunidad de los hijos de Dios. Y esta no puede construirse sino bajo el signo del pan compartido, del perdón recíproco y de la liberación del mal. Un pan, un perdón y una liberación que Jesús nos hace pedir como un bien comunitario.

El Reino escondido (Eloi Leclerc)

Este Jesús que cura, perdona, devuelve esperanza, alegría y ganas de vivir... es presencia de Dios entre nosotros. Jesús es la expresión de lo que Dios es para el hombre, el deseo de Dios sobre el hombre, la búsqueda de Dios hacia el hombre.

El cuarto evangelio interpreta la vida de Jesús como «misión» que viene de Dios Padre y que Jesús va realizando en estrechísima comunión con su voluntad. Es también el cuarto Evangelio el que revela cómo a la misión del Hijo sigue, sin

solución de continuidad, la misión del Espíritu. Estamos en ese tiempo del Espíritu, que hace memoria de Jesús.

Todas las personas que formamos parte de la Iglesia somos llamadas a participar en esta misión del Espíritu, que se vuelve «epifánica» en los carismas (1 Co 12,7) que energizan a la iglesia.

La misión es la gran conspiración que, partiendo de Dios mismo, nos convoca a todos los creyentes y a todos los seres humanos de buena voluntad.

Preguntas para compartir

1. Explica con tus palabras cuál es el deseo de Dios sobre la humanidad.
2. ¿Te sientes implicado en ese deseo de Dios? ¿Cómo colaboras con Él?

Textos para orar

Jesús mío, ayúdame a esparcir tu fragancia
donde quiera que vaya.
Inunda mi alma con tu espíritu y tu vida.
Penetra todo mi ser y toma de él posesión
de tal manera que mi vida no sea en adelante
sino una irradiación de la tuya.

Quédate conmigo.
Así podré convertirme en luz para los otros.
Esa luz, oh Jesús, vendrá toda de Ti;
ni uno solo de sus rayos será mío.
Te serviré apenas de instrumento
para que Tú ilumines a los demás a través de mí.

Déjame alabarte en la forma
que te es más agradable:
llevando mi lámpara encendida
para disipar las sombras.
Déjame predicar tu nombre sin palabras...
con mi ejemplo, con la fuerza evidente del amor
que mi corazón siente por Ti.

John Henry Newman

PROPUESTAS Y RECURSOS COMPLEMENTARIOS

1. Seleccionar fotografías o dibujos con diferentes imágenes de Jesucristo. Invitar a cada uno a elegir aquella con la que se siente más identificado o que más le ayuda a orar.
2. Vídeo fórum de la película “Jesús” (Italia, 1999. Jeremy Sisto, Roger Young).
3. Preparar una sencilla celebración en torno al Padrenuestro o las Bienaventuranzas.

BIBLIOGRAFÍA

- Francisco García Martínez, “Jesús, el Cristo siempre vivo” (Ed. CCS, 2013).
- José Ramón Busto, “Cristología para empezar” (Ed. Sal Terrae, 1995).
- Rene Luneau, “Jesús, el hombre que evangelizó a Dios” (Ed. Sal Terrae, 2000).



**“El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido” (Lc 4, 18).**